

El París de Molloy

Sylvia Molloy

Primer París

*Quand tu arrives dans un pays, c'est le pays
qui te change, pas toi qui changes le pays*
Jean Rouch, Jaguar

París 1958

Retrospectivamente, creo que la sensación que más asocio con el París que vi por primera vez en 1958 es el miedo. Digo mal: desasosiego sería mejor término para esa sensación que los ingleses tan certeramente describen con la palabra *uncanny* y de la que no da del todo cuenta el francés bizarre. No hablo de miedos personales aunque sin duda los tenía: era muy joven y este era mi primer viaje al extranjero, también mi primer viaje sola. La travesía desde Buenos Aires me había parecido eterna, por un lado procuraba no pensar en Buenos Aires, por el otro intentaba, sin mayor éxito, pensar en París, ciudad que solo conocía a través de libros, ciudad

que deseaba y tenía a la vez, y donde, a pesar de mis esfuerzos, *no me veía*. No diré como Darío que cuando bajé del tren que me llevó del Havre a la estación Saint Lazare creí hollar suelo sagrado. No tuve tiempo de preparar la pose correspondiente porque en el andén ya me esperaba un amigo de mi padre, encargado de aclimatarme desde el primer momento para que me sintiera *chez moi*. Me llevó a almorzar a su casa antes de depositarme en la Ciudad Universitaria. Las tres hijas tenían nombres que terminaban en *-ette*, me trataban de vous, y solo al final pasaron del Madame a mi nombre de pila. El hijo, que bendijo el almuerzo, era cura. De entrada sirvieron caracoles que, confieso, me gustaron. Decididamente no estaba *chez moi*, pero los caracoles me indicaron que un día podría estarlo.

Al día siguiente de mi llegada fui al Barrio Latino y sintiéndome triste y sola me metí en un cine. Todo era novedad e incógnita: las butacas son numeradas o no, se le da propina a la acomodadora (que no acomodador) o no, venderán golosinas en

el intervalo o no. Vi un corto de Dreyer cuyo propósito original, descubrí mucho más tarde, había sido llamar la atención a los daneses sobre los peligros de conducir demasiado rápido. Era *De nåede færgen*, traducido como *Los atrapèrent le bac*, y permanece en mi memoria, acaso falsamente, como uno de los films más siniestros que recuerdo. Pero no había entrado por el corto sino por el largometraje que lo seguía, la Juana de Arco del mismo director. Recordaba que mi profesora de francés en Buenos Aires, de quien estaba enamorada aunque eso lo supe más tarde, me había contado que en ese film actuaba Antonin Artaud, como uno de los monjes que acompaña a la Falconetti a la hoguera. Quería verlo; Molloy siempre tan literaria. Pensando en mi profesora y buscando a Artaud no me dejé seducir por la cara de Falconetti hasta mucho más tarde, en el recuerdo. Me dieron ganas de volver a ver el film para detenerme solo en ella pero hasta el día de hoy no lo he hecho.

Ese cine, el Champollion, a dos pasos del Boulevard Saint Michel y de la librería Gilbert donde

compraba papel y lapiceras, y a tres de L'Acropole, restaurante griego donde me volví adicta a la *ta-ramasalata* que desde entonces busco en cuanto restaurante griego encuentro en mis viajes, fueron mis refugios en el Barrio Latino cuando no estaba en clase, algo así como mi *home away from home*, aunque pensándolo bien la expresión es inadecuada. No solo por estar en inglés sino porque con respecto a París se vuelve concepto inútil. Para el que va a París *home*—por lo menos fue mi caso— es algo que se ha dejado para siempre atrás. Si bien no me encontraba del todo ya sabía que, de volver a mi punto de partida, me sentiría completamente desubicada.

Al hablar del París de aquellos años pienso en la incertidumbre que caracterizaba el paso de la cuarta república a la quinta, en la inestabilidad de Argelia que había motivado el mesiánico regreso de De Gaulle, el general que “había comprendido” a los franceses. Hablo de los atentados de Agosto del FLN, del toque de queda impuesto en París por el prefecto Papon pero solo para los argelinos, del

centro de detención de Vincennes, de las manifestaciones. Recuerdo mi desconcierto cuando, en un servicio social para estudiantes, al hojear los avisos de alojamientos disponibles —las famosas o a veces infames *chambres de bonne* con WC y agua fría en el entrepiso que se solían alquilar a los que éramos, en el eufemismo de la época, *économiquement faibles*— me encontraba una y otra vez con las iniciales FMS. Por fin pregunté a una empleada qué querían decir esas letras. “France métropolitaine seulement”, me contestó con toda naturalidad y me di cuenta de que para las personas que alquilaban estos cuartos yo, que también venía de otra orilla, era tan indeseable como un argelino. Ese año oí por primera vez palabras nuevas, como *piéd noir*, *para*, *baraki*, *bicot*, *bougnoule*.

Al mismo tiempo, la otra guerra, la pasada, estaba todavía muy presente en el París de fines de los cincuenta. La frase *pendant la guerre* se oía con frecuencia, para explicar la frugalidad francesa, o la mala dentadura de los estudiantes con quienes asis-

ría a la Sorbona, o la popularidad de ciertas boîtes de jazz del Barrio Latino donde todavía se podía escuchar a Stan Getz o a Miles Davis, o el desencanto de los personajes de *Les Tricheurs* de Marcel Carné que se estrenó el año que yo llegué, o por fin, justa o injustamente, la tendencia a la delación de las porteras francesas. El Hôtel Lutécia, me contaban, había sido cuartel general del estado mayor alemán durante la ocupación, dato que yo recordaba inevitablemente cada vez que pasaba en ómnibus por la Avenida Raspail o ascendía a la superficie en la estación de subterráneo de Sévres-Babylone. Las placas en ciertos muros que conmemoraban el fusilamiento de algún resistente todavía brillaban, parecían nuevas. A una amiga mía muy rubia, también argentina, la corrí una vez un cartero, presa de no sé qué ataque de demencia, gritándole “*sale boche*” e intentando darle puntapiés. La gente se apartaba y desviaba la mirada. Yo, debo confesar, me reía. *C'est pas drôle, vous savez*, dijo alguien, sin, por otra parte, intentar hacer algo.

Había, sí, algo desquiciado en ese año que llegué a París, una combinación de efervescencia cultural, de violencia política y de despreocupado consumismo que anunciaban ya los años sesenta. *Les amants* de Louis Malle fue objeto de escándalo, entre otros motivos, al decir de un crítico, *pour avoir suggéré un orgasme dans la crispation d'une main sur un drap*. Debutaron —y deslumbraron— ese mismo año Yves Saint Laurent con su *robe trapèze* y Maria Callas con un primer concierto en el Palacio Garnier. La primera edición de *La question* de Henri Alleg, que narraba la tortura en Argelia, fue secuestrada por el gobierno y el libro permaneció prohibido hasta los acuerdos de Évian de 1962. Pero al pensar en todo esto ahora, a distancia, hilvano recuerdos de cosas que, en ese entonces, eran partes desperdigadas de mi vivir cotidiano a las que no prestaba demasiada atención. Porque yo era meramente una estudiante argentina que iba a la Sorbona y se esforzaba por ser francesa. Y hasta cierto punto, durante ese año, lo conseguí.

De la necesidad de París

“Se padece fuera de París la enfermedad de París”, escribe también Rubén Darío. Yo no sé si padece esa enfermedad pero sé que París, la ideade París, precedía por mucho en mi mente, comolugar de deseo e incertidumbre, a mi experienciadirecta de esa ciudad. Era parte de mi imaginarioinfantil como lugar donde pasaban cosas que yo no entendía, cosas que provocaban mi curiosidad a la vez que me inquietaban. Si bien mi madre era de origen francés, París no era lugar materno: su familia había llegado a la Argentina directamente de los Pirineos que, dentro de Francia, es casi otro país. Sin embargo la carga simbólica que tenía la ciudad para esa familia no era desdenable. Cuando cayó París en 1940 dicen que una prima de mi madre se quitó unos aros que usaba a diario y declaró que no se los volvería a poner hasta que la ciudad no fuera liberada. Y cuando entraron los aliados en París no solo Germaine recurrió al acto simbólico de volver

a ponerse los aros; también mi madre, que a su vez se prendió un broche en la solapa y no se lo quitó hasta no sé cuándo, un gallo tricolor con la cruz de Lorena en el centro.

Curiosamente París era un lugar que asociaba más con mi padre, que no era francés: había hecho, sí, viajes a París por negocios, uno de ellos justo después de la guerra y regresó con cuentos de penurias, racionamientos, alivios, rencores. También con un programa, o acaso fuera un menú, de una boîte de la Avenida Franklin Roosevelt llamada, creo recordar, Le Cabaret, que lucía en la tapa una mujer vestida de verde, con gran escote y un cigarrillo a medio fumar en la mano. El título de la ilustración, que hizo enmarcar y colgó en un pasillo, era *Petit chou*. Retrospectivamente creo que se parecía a Barbie.

A París iba también, después de la guerra, cada dos o tres años, una amiga de mi madre, también de familia francesa del sur. Volvía con historias más divertidas que las de mi padre, se había hecho

amiga de un francés llamado Charlie que era pianista de jazz en una boîte. Siempre viajaba con una amiga que, recuerdo, se llamaba Alicia, y las dos se embarcaban con las valijas cargadas de latas de conserva y otros alimentos que escaseaban en Europa, destinados al famoso Charlie y sus amigos. Muchos años después caí en la cuenta de que la amiga de mi madre y Alicia eran amantes, y que estos viajes eran una manera de estar juntas, libres de miradas críticas y lejos de Buenos Aires. Muchos años después, yo misma, ya lo he contado, recurrí a un truco semejante. Le hice creer a mi madre, que estaba convencida de que en París yo tenía un hijo secreto y por eso viajaba tan seguido, que en realidad visitaba a un novio que se llamaba Julián, como el “mi lindo Julián” del tango o como el apodo de Vita Sackville West en sus escapadas a París con Violet Trefusis. El engaño tuvo corta vida.

Desencuentro

En la ciudad universitaria los estudiantes vivían más o menos agrupados por nacionalidades, en pabellones cuyos nombres anunciaban el lugar de sus habitantes, lugar tanto geográfico como simbólico. Había un pabellón argentino, otro de Estados Unidos, otro neerlandés, otro brasileño, y así sucesivamente. Hasta había un pabellón con el nombre de *France d'Outre-Mer*, apelación ya para entonces —Francia estaba en plena guerra de Argelia— dudosa. Esto no significaba que todos los habitantes de tal o cual pabellón necesariamente coincidieran con la nacionalidad del edificio; cada uno abría sus puertas a los diferentes, tenía sus otros. Así una amiga mía, tucumana, vivía en el pabellón neerlandés, donde conoció a Farah Diba y fue testigo de su encuentro con el Shah de Persia. Otra fue a parar a la maciza Maison du Brésil, recién construida por Le Corbusier y Lucio Costa y hoy registrada como monumento histórico, lo cual no impide que a mi amiga le resultara un lugar muy poco acogedor.

Yo fui a parar al pabellón argentino y allí viví dos años. No hace mucho leí el primer volumen de la correspondencia de Puig, enviada a su familia desde Europa. Con deleite volví a encontrar el tono conversado en esas cartas dirigidas a una *querida familia* a la que trata a menudo de vos como si fuera un único interlocutor. Pero en ese libro descubrí, con enorme pena retrospectiva, que en 1958, mientras yo estaba allí, Manuel llevaba meses en ese mismo pabellón. En las cartas a la *querida familia* habla de lo que veía en el cine en ese momento (*La femme et le pantin*), en el teatro, comenta el recital de Yves Montand al que asistió, como también asistí yo. ¿Habremos ido el mismo día? ¿Habré visto a Manuel alguna vez? ¿Cómo es que no lo conocí entonces, que no coincidí con él alguna vez a la hora del desayuno, cómo es que no lo recuerdo? Tengo la sensación de una ocasión desperdiciada, de un *Lo que no fue*, esa pésima traducción del *Brief Encounter* de Noel Coward, film que acaso le gustaba a Manuel.

Sorbona

La Universidad ofrecía cursos para estudiantes extranjeros, cursos de perfeccionamiento de lengua y de cultura general o, más exactamente, lo que llamaban con cierto empacho, “civilización francesa”. No eran para mí, lo supe de entrada. Yo quería ser estudiante francesa, no extranjera, y me inscribí en una licenciatura de letras modernas junto con cientos de estudiantes *de veras* franceses, lo cual significaba, entre otras cosas, madrugar para llegar a la Sorbona muy temprano, esperar con montones de otros estudiantes a que se abrieran las puertas del anfiteatro Descartes para asegurarme un asiento y, por fin, asistir a una clase magistral de, pongamos por caso, Filología Francesa. Debo decir que mis buenos propósitos duraron poco; no tardé en descubrir que en lugar de levantarme al alba para asistir a la clase de ese profesor podía leer el libro que él mismo había escrito sobre el tema y que repetía puntualmente en su curso magistral, sin siquiera

molestar en cambiar los ejemplos. De allí en adelante solo asistí a cursos que se dictaran después de las diez.

También en la Sorbona se sentía la inestabilidad de la que he hablado y la necesidad de cambios. La referencia a la filología no es casual. Los practicantes de la disciplina y los tradicionalistas en general se sentían amenazados por los cambios en los estudios literarios, no perdían la ocasión de referirse despectivamente a los críticos que intentaban acercamientos nuevos como, *horresco referens*, el “marxista” Lucien Goldmann o el “estructuralista” Roland Barthes. Los términos funcionaban casi como insultos: el enfrentamiento no se había dado plenamente pero se lo sentía venir. Más que nada la Sorbona era para mí lugar de cruces, de encuentros a veces inesperados, de espectáculo: ver a Jean Wahl en una clase de Octave Nadal sobre Verlaine, sentido en las gradas como un alumno más; ver a Claude Lefort discutir con Raymond Aron en el seminario de este último; oír una conferencia de Sartre en el

gran anfiteatro de la Sorbona colmado a más no poder (y admirar el infaltable turbante de Simone de Beauvoir); ver a Le Corbusier dar una charla, ilustrando lo que decía con febriles garabatos en unos enormes papeles desplegados en un pizarrón, papeles sobre los que se precipitaron los asistentes no bien terminado el acto, para guardarlos como reliquias; estar presente cuando Etiennele echó del anfiteatro Richeleu a Robert Faurisson (pocos años más tarde vehementemente negador del holocausto) quien había aparecido, sin invitación, para pelearlo por una crítica desfavorable; ver a los miembros de la Académie Française, con sus fracs verdes y sus bicornios, entre ellos Jean Cocteau. Iba a la Sorbona sobre todo para mirar; el aprendizaje literario lo hacía luego en mi habitación con los libros.

Ir de tiendas

Los monumentos, los museos, las bibliotecas, eran las metas de nuestras peregrinaciones estudiantiles. Pero no menos sagrados, como sitios culturales, eran desde luego los Grands Magasins adonde yo, como tantos otros recién venidos, me dirigí en cuanto llegué a París. Después de todo, no otra cosa hizo Sarmiento. Hace unos años, al releer sus *Viajes* de 1849, caí en la cuenta de que también él, no bien llegado, se había precipitado a esos grandes almacenes, por entonces recién construidos y ya sitios de deseo, a comprar objetos y, sobre todo, ropa. En el primer mes y medio que pasó en París, Sarmiento compró cinco pantalones, cuatro pares de botines, seis pares de guantes, dos sombreros, seis corbatas, siete calzoncillos, quince pares de medias, una *robe de chambre*, diez chalecos, un sobretodo de seda negra, dos *redingotes* también de seda y un frac. De mí no puedo decir lo mismo pero sí sé que muy poco después de instalada fui a investigar las Galeries

Lafayette, crucé la calle para visitar Au Printemps, y caminé unas tres cuadras por la avenida de la Madeleine para conocer Aux Trois Quartiers, como quien traza las líneas de un futuro campo de operaciones. Dentro de él también quedaban los zapatos de Charles Jourdan y los lugares donde comprar (de nuevo recurro al término de Sarmiento) las dulzuras: Hédiard, Fauchon.

En las Galerías Lafayette, en la sección de ropa interior, había dos vendedoras que obedecían a los improbables nombres de Madame Papillon y Madame Bismuth. Se consideraban expertas en soutiens, filósofas, acaso habría que decir, que prodigaban consejos a las clientas, *vos seins c'est votre trésor, Madame*. Eran sobre todo consejos de cómo mejor probarse un *soutien*: había que colocarlo alrededor de la cintura, abrocharlo, luego subirlo a la altura de los pechos, y finalmente, para lograr que la prenda cupiera perfectamente, inclinarse hacia adelante, doblando el cuerpo casi en dos como en una clase de gimnasia, para que los pechos se volcaran

plenamente en la taza. Esta última operación, que llamaban hacer el vacío, era según ellas imprescindible para confirmar la medida de los *souttiens*. Así en los probadores se solía oír ya la voz de Madame Papillon ya la de Madame Bismuth, perfeccionistas hasta el final, dando la misma orden: *Faites le vide, Madame, faites le vide.*

Madame Papillon y Madame Bismuth eran amables, generosas con su tiempo, y posiblemente me hayan convencido de que comprara más *souttiens* de los que necesitaba. Después de todo Sarmiento se había comprado siete calzoncillos. Otra cosa eran las vendedoras de las tiendas más chicas, las pequeñas zapaterías del Barrio Latino, por ejemplo, donde el trato era más abrupto, irónico y a veces devastador. Recuerdo que una vez me probé un par de zapatos, luego otro, por fin un tercero, sin que ninguno me convenciera del todo, y finalmente dije a la vendedora que lo iba a pensar. Me miró con desprecio, irritada por haber perdido el tiempo conmigo, *Vous ne pensiez pas vraiment acheter des chaussures aujourd'hui, n'est-ce-pas?*

Además de los *souttiens* y los zapatos había dos artículos más que se consideraban, como dicen, de primera necesidad. El perfume—nos gustaron y nos cansaron, sucesivamente, el *Vétiver* de Carven, el *Carborhard* de Grès (demasiado pesado), y el *Calleche* de Hermès— y los foulards. Estos últimos tenían que ser bastante grandes, para poder ponérselos en la cabeza, anudarlos bajo el mentón y luego llevar las puntas para atrás y anudarlo en la nuca. Así nos parecíamos todas a Brigitte Bardot.

Una cosa aprendí: a no dar las gracias cuando alguien me elogiaba lo bien que me quedaba una prenda recién comprada. Una vez una francesa me alabó algo que acababa de estrenar y le dije *merci*. Cómo se ve que no es francesa, me dijo, una francesa no diría nunca *merci*, diría *Vous trouvez?*

Acto oficial

Desde la ventana de mi cuarto en el pabellón argentino, que da al Boulevard Jourdan, veo la estatua ecuestre de San Martín en el parque Montsouris. Digo mejor: desde mi ventana veo la inauguración de esa estatua, una mañana de invierno. La embajada argentina ha decidido donar el bronce (que es réplica de un original que está, creo, en Chile) al gobierno francés y del consulado argentino han invitado a ir (conminado, sería mejor término) a los estudiantes del pabellón. Interpretando la invitación de la manera más amplia posible, asisto en pijama desde mi ventana. Tengo sobre todo interés en ver a Malraux, el primer escritor de los que he leído a quien veré en persona, Malraux quien, como ministro de De Gaulle, debe pronunciar el discurso inaugural ante el cuerpo diplomático argentino. Es obvio que no puedo oírlo desde donde estoy pero lo veo gesticulando, y veo el mechón de pelo que cada tanto se aparta de la frente. Junto a mí, también en

34

pijama, está François, otra pensionista de la Casa Argentina: francesa, divertida e impertinente. *Cette fille peut avoir ses discours pompiers*, dice despectiva. Me escandalizo.

Más de diez años más tarde Malraux sigue con el mismo tic de apartarse el pelo (ahora considerablemente fantasmado) de la frente. De paso por París, Enrique Pezoni me pide que lo acompañe a visitar a Malraux a casa de Louise de Vilmorin, con quien vive en Verrières, en las afueras de París. Malraux nos recibe en la biblioteca y habla más de una hora sin parar y sin dejarnos meter baza, llenándonos los vasos de whisky apenas tomamos dos sorbos, y hablando de literatura latinoamericana sobre la cual, queda claro, conoce muy poco. Me aburro; me acuerdo de la frase de mi amiga. Por la ventana se ve un parque enorme, lleno de sol, donde un grupo de gente joven juega al croquet. Me dan ganas de salir a encontrarme con ellos.

35

Mudanzas

Llegó el momento de dejar el pabellón argentino de la Ciudad Universitaria. La estadía permitida no debía pasar de los dos años y era hora de irme a vivir por cuenta. La busca de alojamiento no fue fácil. Después de ver varios lugares, todos problemáticos, creí encontrar la solución en un cuarto que se alquilaba a precio razonable en el apartamiento de una mujer mayor. Después fui a ver con una amiga, nos hizo pasar la mayor a prela dueña a un espacio amplio, bien iluminado, agradable, donde estaba sentada, muy arreglada, una sobrina de edad avanzada muy *vieille France*. Ya verá, decía, contenta tener a otra persona en el apartamiento, una estudiante de literatura, nada menos, *elle est très cultivée, vous savez*. La señora mayor no decía nada, me gustaba pero la snob que yo era el que más me gustaba pero la snob que ya entonces llevaba en mí se consolaba pensando que era la rue Cambon y que a pocos metros quedaba Chanel.

36

Volví a las tres horas con todas mis pertenencias, dispuesta a instalarme. La sobrina ya no estaba, me abrió la señora mayor con cara de pocos amigos, *Qui êtes-vous?* me dijo y tuve que recordarle nuestro encuentro unas horas antes y el trato que había hecho con su sobrina. *Ah bon*, contestó muy seria, como si le acabara de decir que las tropas del general Reich habían vuelto a invadir a Francia, y hacer Reich sin el más mínimo recuerdo del arreglo claramente sin el más mínimo recuerdo del arreglo previo. Mientras me disponía a abrir mis valijas la ola en el cuarto contigo, yendo y viniendo, masculando algo que, cada tanto, puntuaba con la exclamación *Salope! Salope!* Decidí no abrir las valijas; decidí llamar a mi amiga con auto; decidí marcharme lo antes posible. Me despedí de la señora que, de pronto tranquila y muy educada, me dijo *Mais vous êtes restée si peu!*

Esa noche llamé a la sobrina, le anuncié, con cierta trepidación, que no tomaría el apartamiento después de todo. Tuve ganas de decirle que lo que necesitaba su querida tía era una enfermera y no una

ingenua estudiante, pero no lo hice. *Je vous comp
parfaitment*, me contestó con toda compostura.

A la semana había encontrado una habita
en el cuarto piso de un edificio del Barrio Lat
cerca de la rue de l'Estrapade, barrio que me gust
por el film de Jacques Becker. (De hecho, al esc
estas líneas, me doy cuenta de que mi conocimie
de París previo a mi llegada fue más cinematográ
que literario, pero esa es otra historia.) Era esta
habitación *sin: sin ascensor, sin teléfono, sin ba
con apenas un retrete en el palier que compartía c
otros, sin calefacción, con solo una estufa de que
sén que no había que dejar prendida durante muc
tiempo porque *ça abîme l'air*, eufemismo para de
que uno puede llegar a envenenarse con el gas q
despide. La alquilé en el acto. Fui feliz.*

AYON, CRAYON

Una amiga pintora empezó a interesarse por el gra
do y a trabajar en el atelier de Stanley Hayter en
compararse. A menudo la iba a buscar allí, en
Académie Ranson de la rue Joseph Bara adonde
Hayter había trasladado su Atelier 17, y salíamos
comer a algún lado; una vez que teníamos plata,
cuando, fuimos a la Closerie des Lilas y comimos
por primera vez *steak tartare*, es decir carne cruda.
Un día me cuenta que había aterrizado en el taller
de una argentina, bastante vieja, decía Carmen, pero
me ve que es muy amiga de Hayter, inmediatamente
me puso a trabajar como si hubiera estado allí toda
la vida. Me intrigó levemente la presencia de otra
argentina en París, *encore une*, pero no pregunté
más y durante bastante tiempo Carmen no me dijo
nada acerca de ella. Otro día, al pasar, me dijo, vol-
vió la vieja, parece que ha vivido en muchos países
y cuenta que estuvo casada con un chileno, hace
grabados bastante impresionantes, con formas mo-

numentales, muchos caballos, no sé si me gusta
Vive perdiendo los anteojos, agregó Carmen, he
nos contó que al no encontrarlos esta mañana
había maquillado a ciegas y que los chicos del barrio
la seguían por la calle gritando *Crazyon! Crazyon!* S
llama Delia, agregó al pasar.

Solo meses después caí en la cuenta de que en
Delia del Carril, la primera mujer de Neruda, a quien
llamaban La Hormiga. Pero para entonces la pinta
trajeada *Crayon Crayon* ya no iba al taller y me quedé
con las ganas de conocerla. Vi, sí, algunos de los cabal-
los que había dejado atrás; me gustaron mucho.

Postdata: Hace poco más de un año quise volver
a ver el atelier de Hayter, recordar aquellos años, pero
no reconocí el lugar. Me volvía hacia el hotel cuando
en la esquina de la rue d'Assas y la rue Guynemer por
casualidad levanté la vista y vi una placa que indica-
ba que allí, en 1896, entre no sé qué meses, Augusto
Strindberg había pasado *une phase décisive de sa vie*.
Me dirigí de Hayter, preguntándome cuáles serían
las fases no decisivas de la vida de Strindberg y, en
general, de la de cualquiera de nosotros.

París después

París 1968

En 1968 yo ya me había instalado en los Estados Unidos pero seguía viajando a París durante las vacaciones de verano, pasaba un mes, dos meses, veía a mis amigos, jugaba a que seguía viviendo allí. Viajé en Mayo de ese año, como de costumbre, y me encontré con un París casi irreconocible, en estado de efervescencia y al borde de la revolución. En el aeropuerto no había taxis y los autobuses estaban de huelga. El viajero en busca de traslado no tenía más remedio que entregarse a quien quisiera llevarlo a la ciudad en el transporte que fuera a cambio de sumas astronómicas. Tuve suerte, se apiadó de mí un vietnamita con un flamante autómóvil blanco que me llevó a Saint Germain des Prés por poco más de lo que me hubiera costado un taxi. Por alguna razón —*il ya trop d'étudiants et trop de vélos, c'est dangereux*— no quiso meterse por la rue Jacob, donde quedaba el Hotel des Deux Continents que era, en más de un sentido, mi destino.

(Nunca supe cuáles eran esos dos continentes pero la disponibilidad espacial del nombre era como un resumen de mi vida). Me dejó en la esquina de Les Deux Magots justo detrás de un coche de plaza desvencijado, arrastrado por un escuálido caballo gris, que acababa de detenerse. Del coche bajaron dos mujeres enormes, una de ellas con bastón, y se lanzaron a navegar lentamente por la vereda como dos monumentales transatlánticos. Estupefacta, reconocí a Matilde Díaz Vélez, amiga y administradora de Victoria Ocampo, a quien llamaban Patina, y a su pareja, igualmente voluminosa, de quien solo recuerdo que le decían Baby o Bébé. Fue más insólito verlas allí que ver a los policías con escudo y casco, preparados para dar batalla. ¿Qué harían esas dos señoras argentinas bien en ese barrio en crisis, en esa esquina desde donde se oían los gritos y la explosión de bombas Molotov en la Facultad de Medicina? ¿Y cómo habrían conseguido ese coche de plaza que hacía pensar en los carruajes de la otra revolución? Las espíé hasta que dieron la vuelta por

46

la rue Saint Benoît y no las vi más. Ni en París ni en mi vida, quiero decir.

En vano intento convocar imágenes de Mayo del '68, solo me quedan fragmentos. Incripciones en las paredes, *L'imagination au pouvoir* o *Tout est Dada*; la declaración iracunda de De Gaulle que al calificar la revuelta de *chientli* mandó a toda Francia al diccionario; el azoramiento de ciertos franceses cuando se les decía que las revueltas universitarias no eran nada nuevo para los latinoamericanos, que por lo menos era eso algo que no teníamos que importar de Europa. Me queda, también, la incómoda sensación una vez más de estar *entre*. Ya no era estudiante en Francia, ya no vivía en París, estaba allí de paso, me alojaba en un hotel al que era difícil llegar por la gente, la policía, las ambulancias. Pero tampoco era yo visitante, o turista a quien había que indicar con señales o en macarrónico inglés dónde quedaba el Carrefour de L'Odéon: *yo sabía, yo también era de ahí*, estaba en una ciudad que era —o había sido— también mía.

47

De haber ocurrido todo esto hace seis años, cuando aún era estudiante en la Sorbona, sin duda estaría en las barricadas. La historia me había jugado una mala pasada.

Me queda de Mayo del '68 un afiche de Pierre Alechinsky que hice enmarcar hace años. Encuentro allí más frases que sin duda oí gritar (y acaso también yo grité) en esos días, me divertí leyéndolas. Me dicen que el afiche probablemente valga bastante si me decido a venderlo. No creo que lo haga.

Coincidencia

No puedo evitar volver a contarlo. En 1972 volví de nuevo a París, esta vez para pasar un año entero y acaso –todavía no lo tenía demasiado claro, dejaba la posibilidad abierta– prolongar mi estadía indefinidamente. Volví a mis “Dos Continentes” por unos

días mientras buscaba alquilar un apartamento y el destino me deparó lo inimaginable: un lugar que no me era extraño, en el que había pasado un tiempo, en el que había conocido a una mujer que me hizo muy feliz y, también, muy desgraciada. Al principio no me di cuenta, seguí las indicaciones que me dieron y me dirigí al lugar. Solo en camino, cuando me acercaba a ese rincón del *Tenue arrondissement* que no frecuentaba demasiado –barrio de embajadas, editoriales, colegios caros y *hôtels particuliers*–, solo entonces, cuando ya estaba en la calle misma, a dos casas de la dirección indicada, me di cuenta de lo que estaba pasando: había vuelto adonde algo había empezado, algo deslumbrante y a la vez maligno, algo que terminó mal. Acepté el desafío y alquilé ese apartamento exiguo que conocía demasiado bien como si fuera la primera vez que lo veía. Para conjurar desdichas me puse a escribir, en un escritorio minúsculo frente a una ventana.

El resto es *En breve cárcel*.

Victoria en París

En más de una ocasión vi a Victoria Ocampo en París pero recuerdo en especial una temporada en la que por alguna razón pasamos bastante tiempo juntas. Creo que se sentía bastante sola (habían muerto ya sus grandes amigos franceses) y además, dato nada desdeñable, yo acababa de comprarme un flamante automóvil y tenía bastante tiempo disponible para pasearla por la ciudad. Así que Victoria, yo y *la Peugeot* compartimos tiempo ese otoño del 1972. La llevaba al Bois de Boulogne; la llevaba al cine; la llevaba al restaurante Prunier donde la especialidad era languado con perejil frito, pedllo, che. La llevaba un viernes por la noche a casa de Alain Malraux y mientras avanzábamos lentísimamente por el Boulevard Montparnasse atiborrado de automóviles, Victoria se quejaba de que solo le quedaban ahora los herederos de sus amigos quienes, manifestamente para ella, no estaban a la altura de sus parejas o sus progenitores: este Alain,

por lo pronto, decía con tono perdonavidas, y también Francine, por la viuda de Camus, a casa de quien me había llevado a almorzar dos días antes. (No mencionaba a Alena Caillois a quien, sabía yo, no soportaba, ya por celos, ya porque “hacía mucho ruido”). De pronto, exasperada por tanta queja desagradecida y porque llegábamos tarde, rocé el costado de otro automóvil. “Chocaste”, dijo Victoria secamente. Tuve que detenerme para comprobar el daño causado al otro (ninguno) y a mí misma (no escaso). “No es nada”, mentí. Seguimos en silencio y dijo “el primero es el que te da más pena, después te acostumbrás, ¿no?” y supe que compartiría plenamente mi desconuelo y la quise de nuevo.

Paraba en el hotel La Trémoille, que aplicada-mente había yo aprendido a pronunciar *tremny* y no *tremoy*, no fuera que me consideraran extranjera o, lo que es peor, provinciana. Un día me invitó a comer en el hotel con Graham Greene; imperiosamente pidió la comida para los tres sin casi consultarnos y despachó al camarero quién inmediatamente retiró

los menús. Preocupado Graham Greene se inclinó hacia mí y susurró *Do you by any chance drink?* Le aseguré que sí y con un ademán rápido, que dada la situación no carecía de arrojo, hizo señas al camarero y le pidió la carta de vinos. Victoria farfulló con displicencia algo así como que no había pedido vino porque ella no bebía pero que nosotros hiciéramos lo que quisiéramos. Greene pidió una botella de Bordeaux que, gustosos, liquidamos él y yo.

Otro día Victoria me citó para salir a almorzar, un día excepcionalmente templado de Octubre, y fuimos a Fouquet's donde su entrada causó el consabido revuelo entre los mozos, *quel plaisir de vous voir, Madame*. No recuerdo qué comimos, sí que el restaurante estaba repleto y que en la mesa al lado de la nuestra había dos hombres, algo toscos, la mujer de uno de ellos, y un adolescente de pelo largo, rubio. Al poco tiempo, interrumpiendo algo que yo le estaba contando, me dice: "Parece *Muerte en Venecia*, ¿no?" y me di cuenta de que no me había estado escuchando para nada, que estaba pendiente

del chico que, en efecto, era muy lindo. "Nada que ver con el resto de la familia", siguió, ya totalmente cautivada por el pseudo Tadzio quien de pronto, como animado por un resorte, se levantó y dijo algo a uno de los hombres, acaso el padre, quien le extendió un par de billetes. Con una sonrisa el chico se dirigió a la salida y de pronto Victoria me dice "Vamos" y no sé cómo me arranca de la mesa, dejando la comida casi intracta, y me encuentro en los Champs Élysées, en vano tratando de caminar a la par mientras ella, a grandes zancadas, sigue al muchacho rubio cuya cabeza refulge en el sol insólitamente cálido de esa media tarde de otoño. Lo sigue con los ojos, ávidamente, golosamente, hasta que el chico comienza a perderse de vista, hasta que es solo una mancha dorada, hasta que no se lo ve más.

El chico habrá tenido unos catorce años. Ella, ochenta y dos. El goce y la sed de belleza no tienen edad.

Objetos de comida

De nuevo recurro a Sarmiento que usa esta torpe expresión para referirse a los placeres de la mesa. No he hablado antes de dichos placeres porque creo que durante mi primera estadía como estudiante no me fijaba demasiado—o digamos mi presupuesto no me permitía fijarme demasiado— en las finezas de la *cuisine* francesa. Me interesaba, sí, la ceremonia, el orden de los platos, las reglas no escritas, esto se come con tal y no con cual, los meses con o sin erre para los frutos de mar, o *el ce n'est pas la bonne saison* de las legumbres: reglas en vigencia en los grandes templos del buen comer, el Grand Véfour, pongamos por ejemplo, como en los más modestos establecimientos, incluidas las cantinas universitarias.

Pasé del interés en el protocolo a interesarme por la cosa en sí, por la cocina francesa en todos sus aspectos, desde lo pomposo a lo sublime. También pasé a interesarme en su sutil política, en sus no tan sutiles distinciones de clase, la *cuisine bourgeoise*, la

La cuisine de la bourgeoisie

cuisine campagnarde, y las de moda, la *cuisine minceur*, la *cuisine gourmande*; podría seguir. Empecé a leer libros de los grandes chefs a la par que leía a los grandes escritores. Escoffier me sedujo por su arbitrariedad: en algún lado dice que nunca debe agregarse perejil a los *haricots verts* salteados en manteca. ¿Por qué ese úkase?, quería saber yo, y se lo pregunté a una amiga francesa. Ah no sé, me contestó, pero ahora que lo pienso me parece *tout à fait logique*. Otra seducción fue la de los nombres de los platos, el tierno uso del posesivo, *le pot-au-feu de lotte avec ses petits légumes*, como si no pudieran pertenecer a otra preparación sino a esa.

Soy una persona que, como dicen de ciertos chicos, come de todo; cuando Emily, antes de vivir conmigo, me preguntó con alguna desconfianza si había alguna comida que me disgustara parece que pensé un rato y luego le dije sí, lo único que no me agrada demasiado son los erizos de mar. Con todo en París preferí saltarme la moda de la cocina deconstruida, de las espumas, del caviar junto al hue-

so de caracú que empezaba por esos años. Cuando vuelvo suelo gravitar hacia los lugares donde alguna vez fui feliz. Esto que es regla general de todo viaje de retorno se aplica particularmente a mis restaurantes parisinos: *Molloy et ses petits plats*.

Bagatelle

El parque de Bagatelle en el Bois de Boulogne era (y supongo sigue siendo) eptóme del paseo burgués. Se iba allí a pasear los domingos, a admirar los rosales floridos cuando era la estación, acaso a recordar la apuesta de María Antonieta a su cuñado, el Duque d'Artois, de que era imposible construir una folie en menos de tres meses. El duque contrató a novecientos obreros que terminaron el castillito en sesenta y cuatro días y la reina tuvo que pagar.

A Bagatelle íbamos una amiga y yo en plan de diversión, hacíamos picnics. Por casualidad des-

cubrimos que era lugar predilecto de Vira Sackville West quien, cuando niña, también hacía picnics allí y, snobs sáficas que éramos, nos divertió la coincidencia. Antes de pasar a ser propiedad de la ciudad de París el castillito había pertenecido a Sir Richard Wallace, el filántropo inglés que hizo construir por toda la ciudad las fuentes que llevan su nombre para que todos los parisinos tuvieran acceso a agua potable. Al morir Wallace la propiedad pasó a su mujer y cuando murió ella a su secretario, John Murray Scott, amigo y posiblemente amante de la madre de Vira. Madre e hija pasaban largas temporadas en Bagatelle, de ahí los picnics que imagino mucho más complicados que nuestras sencillas baguettes y botella de vino.

Pero en Bagatelle hicimos otro descubrimiento. Una tarde caminamos hasta unos edificios, acaso viviendas de sirvientes, acaso caballerizas, y ahora depósito de cachivaches, y vimos la puerta entornada. Entramos a una suerte de caverna pervadida por el moho, y en un rincón vimos una pila de rollos

de papel arrumbados. Desplegamos uno al azar y vimos que era un esquema borronado de la torre Eiffel previo a su construcción, con anotaciones muy precisas de qué iría aquí y qué allí. Salvo las manchas de humedad en una esquina estaba más o menos intacto. Sin decir palabra lo volvimos a enrollar y nos lo llevamos disimulado bajo un abrigo, sintiéndonos sin duda un poco culpables pero justificando el acto, más bien hurto, diciéndonos que era una vergüenza que la ciudad de París no se hubiera ocupado de estos documentos y que era un acto caritativo de nuestra parte salvar esta reliquia del hongo asesino.

Ahora mi amiga está internada en una *maison de repos*, no lejos de Bagatelle por cierto, y sin perspectivas de recuperación. La próxima vez que vaya a París le preguntaré dónde está nuestra torre Eiffel, me gustaría verla. Dudo que lo recuerde.

Inscripciones

Volver a París, en estos días, es para mí encontrarme, cada vez, con una ciudad nueva. La sorpresa es inevitable, así como la leve melancolía al darme cuenta de que o no reconozco algunos lugares o, más simplemente, de que algunos lugares ya no están. Pero no hay nada que una juiciosa flânerie no remedie. Deliberadamente tomo el metro —primera ocasión para refamiliarizarme: si bien no están ya los afiches benignamente racistas del africano con fez diciendo *Ya Bon Banania*, retirados en el 2004 luego de una protesta pública, están los nombres de las estaciones cuya secuencia, compruebo, aún sé de memoria. Denfert Rochereau, Vavin, Montparnasse, Saint Placide, Saint Sulpice, y más y más aún. Emerjo, digamos, en Sèvres Babylone, para comprobar que el Hôtel Lutétia sigue allí, que la boutique Biba no es como era antes, y para meterme en el Bon Marché. Solía ser una tienda que frecuentaban curas y monjas, sobre todo estas últimas, porque allí

vendían ropa religiosa. Ahora que el hábito no es obligatorio no se los distingue del resto de los clientes si es que aún frecuentan la tienda. Como hubiera dicho mi madre, ya no se sabe quién es quién.

Camino hacia el oeste por la rue de Babylone hasta dar con la rue Vanneau, doblo a la derecha una cuadra, hasta llegar al Ibis, donde vivía Gide. A Gide le debo mucho, entre otras cosas el haberme enseñado que se podía ser diferente en la vida. Sigo por la rue Vanneau y doblo a la izquierda hasta Barbet de Jouy para pasar por otra casa que no sé si reconozco, la casa de Consuelo Suncín, viuda de Enrique Gómez Carrillo y de Saint Exupéry, otro personaje memorable y *flamboyant* a quien visité en compañía de Arnaldo Calveyra durante mi primera estadía y donde también estaba ese otro personaje que era Elena de la Souchère, fervorosa representante del antifranquismo en el exilio. ¿Quién es ese viejito dandy?, me preguntó Arnaldo mirando el pelo blanco cortado al rape, el corbatín de seda. Es una viejita dandy, le contesté.

Sigo por Barbet de Jouy, preguntándome si el nombre tendrá algo que ver con esa tela de tapicería que me resulta irremediablemente cursi, doblo a la derecha en rue de Varenne y pienso en María Antonieta, subo por Bellechasse hasta Solferino y no pienso en Napoleón, cruzo hasta la rue de Villersexel donde está el famoso departamento al que volví aquella vez pero sigo de largo, diciendo-me que ya basta de ceremonias fúnebres. Me corro al bar del Pont Royal para retomar fuerzas y me acuerdo que una vez lo vi aquí a James Baldwin, vuelvo despacito por la rue de l'Université, dando quizás una vuelta por el hotel donde murió Wilde y pasó una temporada Borges, luego a la rue de Seine donde Edgardo Cozarinsky y yo nos metimos, un día, en la "Akademia" de Raymond Duncan, hermano de Isadora, que se vestía de filósofo griego y se paseaba por el *quartier* con su asistente, Sister Bertha, vestida de monja, y con un chivo. Paso por donde estaba un restaurante macrobiótico al que Alejandra Pizarnik solía arrastrarnos a Marta

Minujín y a mí, y por fin aterrizo en el Old Navy del Boulevard Saint Germain, bar al que iban los pintores argentinos a fines de los cincuenta. Podría seguir, pienso, bajar hasta Saint Michel y el museo de Cluny, ver el patio donde Olga Orozco nos sacó una foto, a Alejandra y a mí, sentadas como dos niñas juiciosas en el borde de un aljibe, luego subir por la rue Racine hasta la plaza de l'Odéon en cuyo teatro, en medio de una representación de una obra de Claudel, me desmayé, no sé si por la emoción de haber defendido mi tesis doctoral esa mañana o en reacción a Claudel que no era santo de mi devoción. Camino entonces por las callecitas del *Geme arrondissement* hacia Saint Sulpice y en la rue du Vieux Colombier doy con Le Katmandou, la boîte donde he visto algunas de las *méchantes dames* (eufemismo burlón que usábamos entonces) más seductoras de mi vida, para finalmente terminar acaso en el Café Bonaparte, en Saint Germain des Prés, donde los camareros llamaban *le petit chasseur* a Severo Sarduy. Pero estoy muy cansada

después tanta *flânerie* y tanto *name dropping* y me quedo sentada en la terraza del Old Navy, tomando un café y mirando pasar la gente. Al fin de cuentas también eso es París.